

CENTENARIO DEL NACIMIENTO
DEL NOVELISTA

Juan Antonio de Junzuegui

NOBELAGILEAREN JAIOZAREN
MENDEURRENA



4 DE DICIEMBRE DE 2000KO ASENTUAREN 4.a
BIBLIOTECA BIDEBARRIETA LIBURUTEGIA



Juan Antonio de Zunzunegui y Loredó nació en Portugalete el 21 de diciembre de 1900 y murió en Madrid en 1982.

Novelista de la Ría de Bilbao por excelencia, entre sus obras relativas a nuestra Villa destacan la autobiográfica *«Ay... estos hijos!»* y la gran trilogía bilbaína *«El barco de la muerte»*, *«La quiebra»* y *«La última»*. Premio Nacional de Literatura por esa última novela, Zunzunegui hizo en sus escritos un completo retrato de Bilbao, a la vez áspero y tierno.

Juan Antonio Zunzunegui Loredó 1900eko abenduaren 21ean jaio zen, Portugaleten, eta 1982an hil zen, Madrilen. Bilboko itsasadarraz gehien idatzi duen nobelagilea. Gure hiriaz egindako lanen artean azpimarragarriena *«Ay... estos hijos!»* autobiografia eta *«El barco de la muerte»*, *«La quiebra»* eta *«La última»* lanez osatutako bilbotar trilogia handia dira. Azken eleberri hori dela eta, Literaturako Sari Nazionala eskuratu zuen. Zunzunegirik Bilbo osorik islatu zuen bere lanetan, aldi berean zakarra eta samurra den erretratu baten bidez.

El Ayuntamiento de Bilbao agradece a D^a Pilar García Madrazo, la donación a la Biblioteca de Bidebarrieta de los manuscritos de Zunzunegui «El mundo ajeno» y «El día más hermoso».

Recordando a Juan Antonio de Zunzunegui

Dra. Pilar García Madrazo

Doctora. Instituto de Tanger

Biografía de la trayectoria personal e intelectual del novelista que muestra la experiencia humana y espera del lector se haga un poco mas sabio y un poco mas humano. Su vida y su obra crecen y maduran unidas con la vista puesta en el criterio estético.

Juan Antonio Zunzunegui gogoratz

Nobelagilearen biografia pertsonala eta intelektuala egiten du. Giza esperientzien ezagutzak irakurlea pixka bat jakintsuagoa eta gizakiagorra bihurtzeko balio zuela, uste zuen. Bere bizitza eta lana hezi eta heldu egiten dira kriterio estetikoan ikuspegi jarrita.

Remembering Juan Antonio Zunzunegui

Biography of the personal and intellectual trajectory of the novelist showing the human experience in the hope that the reader will become a little wiser and a little more human. His life and his work grow and mature in unison with his gaze fixed on the aesthetic criterion.

Queridos amigos, nada me hubiera gustado más que estar aquí, abriendo el homenaje a Juan Antonio de Zunzunegui en el primer centenario de su nacimiento, en su tierra, entre sus gentes, bajo su cielo y junto a su ría, sus grandes amores. No ha podido ser, pero sus amigos de Bilbao me han brindado el honor de abrir estas sesiones con el recuerdo de su vida y de su talento personal. Soy consciente de la delicadeza de esta cortesía y agradezco sinceramente la deferencia.

“Yo nací con el siglo”, decía y escribió en repetidas ocasiones Juan Antonio de Zunzunegui y Loredó, aludiendo a su nacimiento en Portugalete, el 21 de diciembre de 1900. Era su madre doña Rosa de Loredó y Vicuña, bilbaína, de probable y lejana ascendencia andaluza, según creía el escritor (aunque Gerardo Diego comenta, en su respuesta al discurso de ingreso en la Academia, acerca del apellido Loredó: “de tan claro abolengo montañés”), y su padre, don Casimiro de Zunzunegui y Echevarría, nacido en Baracaldo de una familia guipuzcoana de Beasain, que vino a poblar la vega del Juncal, en las Encartaciones de Vizcaya. Don Casimiro, hombre emprendedor y vital, explotaba en arriendo una mina de hierro, la denominada *Mame* (nombre familiar de la abuela materna del novelista), base de su sólida fortuna económica; poseía también una tejera en Baracaldo, en el Galindo, y otros negocios.

Juan Antonio, único varón entre seis hermanas, a los diez años fue enviado a Orduña, para recibir de los jesuitas una educación que habría de completarse con estudios universitarios de Derecho en Deusto, y viajes y lenguas extranjeras, para ayudar y, más tarde, relevar a su padre en su “escritorio”. Pero Toñín no pensaba en los negocios de su padre, sino en leer todo lo que llegaba a sus manos y en escribir cuartillas, que desde niño guardaba en las cajas de zapatos de sus hermanas. Creía él que esta vocación le llegaba de su familia materna, especialmente de su abuelo materno, “el abuelo Loredó”, don Miguel de Loredó y Rola, periodista y político fuerista, que a sus veintidos años fue representante de Portugalete en las Juntas Forales de Guernica, que defendió los fueros en *El Euskalduna*, (un periódico pagado por las Diputaciones vascas) que editaba en la planta baja de su casa, en la plaza Nueva de Bilbao, y murió desterrado en Madrid, a los treinta y siete años. Su temprana muerte y su aliento literario y combativo rodean su figura de una auréola romántica que impresiona vivamente al joven e idealista Zunzunegui, quien le dedica su primera novela, *Chiripi*, “con un gesto atávico de su nieto Juan Antonio”.

Esta escisión de proyectos escinde la personalidad del estudiante, que sufre en Deusto varias crisis. Don Enrique Areilza aconseja el cambio a Salamanca, adonde llega con una carta de presentación para don Miguel de Unamuno, quien va a convertirse en su guía espiritual (“Por él fui yo a la literatura, y por él leí a Pirandello y a los italianos, y él me enseñó el amor a Dante y a su Comedia. Las pocas ideas que me andan a mí en la cabeza son aprendidas de don Miguel. Es sin duda el escritor que más ha influido en mí.”). Zunzunegui

encuentra en Unamuno el despertador de su conciencia lingüística y literaria, y la fuerza espiritual que venía necesitando para seguir su vocación de escritor.

Entre 1919 y 1925, reside en Salamanca y Madrid, donde consigue aprobar Mercantil y terminar los estudios de Derecho, con la ayuda de José Antonio Primo de Rivera (a quien dedicará, en 1938, *No queremos resucitar*, sátira feroz de la guerra, que no es sino un canto a los ideales que Primo de Rivera representa y que la censura no permitió publicar). En Bilbao, realiza el servicio militar en las baterías de Punta Lucero y San Ignacio de Loyola en Ciérvana y Algorta, mientras escribe artículos y relatos que publica en *La Noche* (de Santiago de Compostela), *El Noticiero Bilbaino*, *El Pueblo Vasco* y *El Nervión*. Todos ellos llevan la firma de Zalacaín, que estrenó en su primera colaboración periodística (una entrevista hecha a Unamuno en Salamanca, que publicó Pedro Mourlane Michelena en la revista *Semana* de Bilbao) y usará hasta la publicación, en 1926, de *Vida y paisaje de Bilbao*.

El joven Toñín editó los mil ejemplares de *Vida y paisaje de Bilbao* (el título se lo había brindado José Félix Lequerica), en la Imprenta Comercial, de la calle Hernani, de Bilbao, con “las mil y pico de pesetas” que le sacó a su padre, con la ayuda de su madre y de Juan Artiach, secretario de su padre. Cuando el joven narrador tiene el primer ejemplar en sus manos, se apresura a enviárselo a su maestro Unamuno, desterrado entonces en Hendaya. El libro, dedicado “A la memoria de don Enrique Areilza” (que estaba escribiéndole el prólogo cuando murió) recoge nueve relatos, fechados entre 1919 y 1925; nueve relatos que tienen en común el escenario bilbaíno, repartiéndose la temática entre el amor y la ría: la ría de Zunzunegui, aquí nada romántica ni poetizada, tomada como escenario de las más vivas y crudas, hirientes, tragedias humanas. Quizá nadie, entonces, se lo tomara muy en serio. Quizá don Casimiro creyó por este medio curar a su hijo de su “sarampión literario”. Lo cierto es que *Vida y paisaje de Bilbao*, firmado por primera vez con su nombre completo, representa muy bien al naciente escritor y supone el inicio de su carrera literaria. En las palabras que dirige al lector, todavía con un pie en “el escritorio” y con el Boletín Minero entre las manos, declara lo irrevocable que intuye su destino de escritor: “Sé que un día sin darme cuenta, la pluma se agirá nerviosa entre mis dedos, como una amante olvidada que vuelve, ¡y de cuántas miserias su compañía no me libertará!”

Vida y paisaje de Bilbao abre el camino de las cinco series de Cuentos y patrañas de mi ría (sus “novelas de pequeño tonelaje”) y de las primeras novelas (de “gran tonelaje”) del ciclo bilbaíno: *Chiripi* (1931) y *El chiplichandle* (1939).

Entre 1929 y 1935 viaja entre Madrid y Bilbao, donde su vida se desliza tranquila y sin preocupaciones, arropada por su familia. En Bilbao asiste a las tertulias del Lion d'Or y del café Boulevard, se da una vuelta de cuando en

cuando por el escritorio del padre, donde discute algún asunto con él y, por fin, se decide a montar una imprenta con José Manuel Aniel Quiroga, “para justificar su vida ociosa dedicada a la literatura”. En ella se está imprimiendo *El chiplichandle* cuando empieza la guerra, salvándose el original por el celo de un cajista que lo recoge y guarda. Los padres del escritor han comenzado su veraneo en Portugalete, y éste se encuentra solo en Madrid, dispuesto a salir para Galicia. Tras varias peripecias se refugia en la embajada de México, de donde pasa a Francia y, de allí, a San Sebastián. En 1937 trabaja en San Sebastián como redactor de la revista *Vértice*, con el novelista Manuel Halcón. Reside algún tiempo en Valladolid, donde conoce a uno de sus grandes amigos, Francisco de Cossío. En 1938, entre San Sebastián y Madrid, comienza su novela más autobiográfica, *¡Ay... estos hijos!* Sigue trabajando en *Vértice*, ahora a las órdenes de Samuel Ros. De San Sebastián pasa a Bilbao, y de aquí a Madrid, en 1939, donde vive en una pensión de la calle Zorrilla. Son días de soledad y vencimiento moral: de lectura en la cama durante días enteros y de vagabundeo por los barrios bajos madrileños. La guerra ha sido un golpe mortal para todos. Contempla a sus padres desengañosos y envejecidos. El pasado se le agolpa y le hace sentir el peso de sus cuarenta años. Entonces me dije: “¡Al vado o a la puente!”. Y vuelve sobre la redacción comenzada de *¡Ay... estos hijos!*, liberándose de sus recuerdos y despidiéndose, al hacerlo, de los dulces años de niñez y mocedad. Fue una verdadera fortuna que esta novela obtuviera, en 1943, el premio Fastenrath de la Academia Española, pues Zunzunegui necesitaba en este momento un espaldarazo como éste para seguir escribiendo. El premio le animó y probablemente gracias a él encontró la energía y la inspiración necesarias para escribir la gran trilogía de Bilbao: *El barco de la muerte* (1945), *La quiebra* (1947) y *La úlcera* (1948).

Al morir su padre, en 1947, cierra la mina *Mame* y trae a su madre con él a Madrid, de la que no se separa hasta su muerte, en 1948. Ya no moverá su residencia de Madrid, primero en Chamberí (en Viriato, 55), el barrio de los chisperos madrileños; y, en los últimos años de su vida, buscando aires más puros para apuntalar su salud, en el norte, en la Ciudad de los Periodistas (Torre Cavia, 1).

A partir de 1950 la orientación de su novelística gira hacia los escenarios, personajes y temática de la sociedad madrileña, ganando crédito y prestigio en la capital de España, que van a concretarse en sucesivos galardones: el Premio Nacional de Literatura, para *La úlcera*, en 1948; el Premio del Instituto de Cultura Hispánica y Premio de los Hermanos Álvarez Quintero, de la Real Academia Española, para *El supremo bien*, en 1951; el Premio del Círculo de Bellas Artes de Madrid, para *Esta oscura desbandada*, en 1952; el Premio Larragoiti a la mejor novela del año, para *La vida como es*, en 1954; y el Premio Nacional de Literatura Miguel de Cervantes, para *El premio*, en 1962. Son años de bibliófilo, de tertulias de café y de largos callejeos. Las cuartillas manuscritas van saliendo por miles en las mañanas de trabajo metódico. Las

tardes, para conversar y pasear.

El 27 de marzo de 1958 se casa en la parroquia de santa Teresa y santa Isabel de Madrid, con María Teresa Marugán Encinas, y, el 24 de abril de 1960, toma posesión en la Real Academia Española de la Lengua del sillón correspondiente a la letra “a”, que ha dejado vacante con su muerte don Pío Baroja, sobre el que versa su discurso de ingreso, siendo respondido por Gerardo Diego. Son los días de vino y rosas. Zunzunegui es famoso y tiene la oportunidad de hablar, una y otra vez, de la vida y del arte: de su visión del arte y de su arte. Entrevistas, conferencias y viajes se suceden. La prensa saluda con críticas y comentarios la botadura de cada nueva obra.

Entre 1964 y 1974 retarda el ritmo de su producción, aunque escribe y publica en estos años cinco novelas, la más importante *El don más hermoso* (la verdad), escrita en 1966, que lucha con la censura varios años y se publica, finalmente, en 1979, con una redacción de 1974. Prepara, además, dos libros deliciosos, imprescindibles para acercarse a su intimidad y a su atmósfera: *Bajo mi cielo metalúrgico* (1963) y *El adiós a una mina de hierro y otros apuntes y esbozos de mi país* (1975) (sus “embarcaciones auxiliares”). Acude puntualmente a la Academia, a cuya comisión del Diccionario se enorgullece de pertenecer; forma parte de jurados literarios; pasea, viaja a su tierra y a Levante (“donde el año es un abril doce veces repetido”). Apartado de las tertulias literarias por la leyenda de gafe que han creado para él algunos de sus contertulios, recibe en casa a sus amigos, siempre obsequiados por Teresa, que le cuida y le mimaba incansable. Y relee y recita emocionándose a sus autores de siempre. *De la vida y de la muerte* (1984), su novela póstuma, cierra su obra y envuelve significativamente su vida, para que no quede un solo día sin la sombra de una página.

Impresionable, sensible, imaginativo, intuitivo, Zunzunegui se ve a sí mismo indefenso y desnudo ante la realidad (“lo que no hace más que rozar a otros me hiera a mí hasta la sangre”), víctima de su imaginación (“Disfruto de bastantes enemigos, a Dios gracias..., pero el peor y más temible enemigo de Juan Antonio de Zunzunegui es Juan Antonio de Zunzunegui”), contemplativo y vago irremediable. Pero lo cierto es que nuestro novelista es un vasco fornido, inteligente y valiente, enérgico y sincero; enamorado de su tierra, de su cielo y de su ría, a los que se siente indisolublemente unido (“Yo vi la luz cerca del puente de Vizcaya. Mi padre en el Desierto-Baracaldo y mi madre en la plaza Nueva de Bilbao, en una casa que era de mi abuelo Miguel Loredo. No puedo ser más hijo de esta ría... que, trayéndola ahora hasta mis ojos, desde la punta del muelle de Portugaleta, me avasalla con su descomunal y enorme poderío.”).

Zunzunegui fue un enamorado del arte y de las formas estéticas de la vida. Discípulo de Unamuno, de Ortega y de Azorín, e hijo legítimo de Cervantes, Quevedo y Galdós, aprendió el arte de los narradores antiguos y modernos,

el sentimiento moral de sus padres (“Yo he mamado unos principios morales y una religión de caridad”) y de los ascetas y místicos del Siglo de Oro y tomó los temas y personajes de la vida española (“El escritor no puede prescindir de su tiempo y de sus circunstancias. Y esto es una insobornable realidad.”).

Los relatos de Zunzunegui andan al paso de la vida humana: en la calle, en las plazas, en las tiendas y en las casas. “El oficio del arte, afirma en su artículo *Bontempelli*, debe ser mostrar la vida de los hombres como vemos la vida de la naturaleza, como un constante milagro.” La vida humana es su preocupación y su pasión. “Vivir es agarrarse a algo y es no ceder en la descomposición, es ignorarla. Es chapuzarse en la acción, es no hacer caso de nuestra limitación temporal. Vivir es mantenerse erguido y no entregarse a la desesperanza; despertarse como si cada día fuese el primero de la vida de uno. Vivir es batallar, es no ceder nunca, porque el que se entrega está perdido. Vivir es luchar contra el deshacimiento irremediable. Es inventarse nuevas auroras, es aturdirse para no caer en la obsesión de la muerte segura...”. Porque “a pesar de muertes y deshonoras, de crímenes y catástrofes, de guerras y depredaciones, de traiciones y bestialidades, la vida es el don más excelso que Dios ha dado a los mortales, el más humano, el más hermoso... el supremo bien”. Zunzunegui amó (son sus palabras) “con violencia inusitada la vida”. “En el fondo soy el deseo de no morir”, dirá repetidas veces. Pero la vida no se debe vivir de cualquier manera, sino que hemos de hacernos “dignos de ella: llenarla con una gran idea, con un gran trabajo, con un fin noble y determinado”. Y “el gran trabajo” que Zunzunegui eligió, con el que llenó su vida, fue el arte, y, en el arte, la novela, que él considera “el gran poema de los tiempos modernos”, “la forma de expresión literaria más robusta y más bella”, el género literario por excelencia. De su capacidad de trabajo hablan sus artículos (escritos entre 1924 y 1969, unos doscientos, creía él), *Vida y paisaje de Bilbao* y las cinco series de Cuentos y patrañas de mi ría (cuarenta y tres relatos, en total, contando *El adiós a una mina de hierro* y *Aquella última angula*, incluidos en *El adiós a una mina de hierro...*), sus veinticuatro novelas, la *Gastronomía madrileña* (ilustrada por Mingote) y sus dos libros de apuntes y esbozos.

El modo que tiene Zunzunegui de ser novelista es siendo un narrador, “un hombre que —como ha dicho Walter Benjamin— da un consejo a quien le escucha”, alguien que muestra experiencia humana y espera del lector que, al escuchar con los ojos (como diría Quevedo) su relato, se haga un poco más sabio y un poco más fraternal, más solidario y más humano. Zunzunegui cree sinceramente que sólo el amor y la piedad del corazón nos pueden salvar, es decir, hacernos fuertes y libres; y él quiso con sus escritos, no sólo salvarse a sí mismo, dar sentido a su vida (... “la verdad es que yo soy un hombre feliz” ... “yo me considero un hombre espiritualmente bien pagado”), sino también ayudar a sus lectores a reconciliarnos con la vida, que en esto consiste la sabiduría y la felicidad. Dicen los pensadores que la fe nace del escuchar y el

conocimiento del ver, y dicen también que la sabiduría reside antes en la palabra hablada que en la escritura. Y esto lo han sabido siempre intuitivamente los narradores.

Y, en cuanto al estilo (ya dice Pemán que los vascos “son siempre un poco aventureros en el mar y en la lengua...”), Zunzunegui tuvo que bregar contra viento y marea para aventurarse y descubrir su propio lenguaje, que encontró, después de experimentar durante muchos años. En sus escritos de juventud emplea el lenguaje figurado como un virtuoso. Cuando a la habilidad descriptiva acompaña este aliento poético, arropado en la metáfora, y esa alegría vital de hombre apasionado, que vigorosamente comunica a su prosa, ésta cobra concisión, exactitud y fuerza. En su madurez literaria desnuda su lenguaje de artificios, pasando el protagonismo al diálogo, que es la expresión de los personajes, por lo que disminuye el discurso del narrador; no obstante, se mantiene la tensión dramática y la fuerza característica de su pulso narrativo. Zunzunegui no rebaja nunca, tampoco oralmente ni en sus escritos íntimos, la intensidad emotiva de la expresión. Su ideal artístico se cifra en el equilibrio entre la vida y el arte, pero las metas de “invención y fuerza” (“En la vida lo importante es la fuerza”) que propone para el arte dicen mucho sobre cómo entiende el novelista este equilibrio.

Su vida y su obra crecen y maduran unidas, con la vista puesta en el criterio estético (“una buena novela, para serlo, ha de formar un orbe cerrado, bien calcificado y sólido”), y el corazón, en la ética (“la novela debe encerrar un mensaje de ternura, de caridad y hasta un fondo de poesía”).

Entre tantas lecciones como podemos tomar de Juan Antonio de Zunzunegui, ninguna me parece tan grande y tan hermosa como su defensa apasionada de los valores del espíritu. Quiero cerrar este breve recordatorio con estas bellísimas palabras suyas: “Alguien ha dicho que sólo es feliz el bueno; hagámonos, pues, dignos de la felicidad por la bondad y la generosidad, sus mejores armas.”